

El cuestionamiento de las ideas de verdad y autenticidad en el pensamiento contemporáneo

José Antonio Méndez Sanz

Universidad de Oviedo

Resumen

Uno de los rasgos más característicos de nuestra época (al menos en occidente) es el paso de la primacía de los universos lógicos a los universos retóricos. El presente trabajo representa una primera aproximación a las implicaciones teóricas y prácticas de este cambio, especialmente en lo relativo a los conceptos de realidad, verdad y creatividad

Conceptos clave: lógica, retórica, verdad, autenticidad, realidad, multiplicación, tradición.

Abstract

One of the hallmarks of our time (at least in the West) is the turn from logical to rethorical universes. This work represents a first approximation to the theoretical and practical implications of this change, especially in relation to the concepts of reality, truth and creativity

Key concepts: logic, rhetoric, truth, authenticity, reality, multiplication, tradition.

El cuestionamiento de las ideas de verdad y autenticidad en el pensamiento contemporáneo

José Antonio Méndez Sanz

Universidad de Oviedo

1. Una de las características más decisivas de nuestra actualidad es el paso de lo que podemos llamar universo lógico a los universos retóricos.

2. La noción de universo lógico va unida a un manejo de lo que hay que cree poder determinarlo (agotarlo) como totalidad o unidad estructurada según un orden cognoscible. Esta determinación no se entiende como interpretativa, como una forma entre otras del manejarse en ese haber sin agotarlo, sino como constatación recta de lo que podemos denominar su ser real o verdadero mediante el pensamiento humano, cuya estructura se quiere homóloga a la del ser.

3. Esta postura fue formulada radicalmente por Parménides de Elea “pues una y la misma cosa son pensar y ser” y constituye la base más honda no sólo del pensamiento sino, lo que es decisivo, de la acción occidental, de su producción y de su legitimación.

4. Esto es clave: para occidente, la acción fue durante mucho tiempo secundaria: puede y debe derivar-de o ajustarse-a o ser mensurada-por el verdadero ordenamiento de lo real, ordenamiento cognoscible (aunque sea en el límite). Del mismo modo que la teoría es la razón de la práctica, la vida teórica es la vida ideal y plena, la que da pleno sentido a la existencia y a sus quehaceres.

5. Con múltiples variantes que no lo conjuran

(el ser o el bien que se dicen de muchas maneras en Aristóteles quedan contrarrestados por el hecho de la primacía del acto, que nada tiene que ver con el hacer, sino que equivale a la presencia atractora de lo tipológico, de lo teórico, que informa toda acción;

el hyper neoplatónico, que parece indecible, es descrito como lo única y auténticamente real y goza –en negativo- de todos los predicamentos;)

este esquema llega hasta el Renacimiento, donde se refuerza hasta extremos inauditos, puesto que el manejo que hasta entonces sólo se formulaba en términos cualitativos parece confirmarse como descripción de la estructura profunda de lo que hay de forma irrefragable, al facilitar su manejo términos de anticipaciones cuantitativas. Newton es el Parménides de la época, y va más allá de Parménides.

6. La ciencia moderna es el punto álgido del logicismo occidental: lo que hay es una totalidad estructurada racionalmente de antemano, desde siempre; un orden cognoscible por una mente homóloga (unívoca o análoga), por una mente lógica. Este ordenamiento es previo a nuestra acción (y, para muchos, anterior –en cuanto ideas o mente de dios- a la existencia del mundo físico); anterior a nuestros haceres (praxis, techne, poiesis) que en nada real lo cambian. Es también realmente inmune a los errores de nuestros sentidos, a los caprichos de nuestra imaginación, a nuestra desmemoria, a los deseos de nuestra voluntad: nada de estas cosas lo modifica. Lo real y su realidad están ya previamente –modélica, tipológicamente- realizados. Es decir, nuestra ontología (logicista) ordena –privilegia- una antropología (racionalista), una ética (derivada: la ortopraxis deriva de la ortodoxia: el error es ignorancia, el conocimiento se traduce en ejecución de la verdad), una estética (mimética y representacionista).

7. Esta realidad es equivalente funcionalmente a verdad (lo que se denomina verdad ontológica). En un segundo momento (y en el plano del conocimiento), dado que esa realidad funciona como referencia, nuestra relación con ella se debe dar en forma de adecuación: verdad es también, en el plano humano, verdad fundamentalmente lógica: adecuación de nuestros pensamientos (ideas, representaciones en las que culmina un proceso que empieza en lo sensible y acaba desensibilizado) a las cosas que constituyen esa realidad, a las cosas esencializadas, desvitalizadas. Dado que la realidad funciona como verdad ontológica, dado que, en el límite, hay identidad en pensar y ser, dado además que nuestro pensamiento tiene una estructura lógica interna, hay siempre posibilidad de determinar la verdad de nuestras aseveraciones sobre el mundo: confirmarlas o refutarlas.

8. Error, falsedad, falsificación... son perturbaciones o desviaciones que no conmueven este edificio, que no lo realizan. Pero lo perturban, y, por ello, pueden y deben ser disciplinadas: mediante la metódica ascesis interior (método que usa Descartes para domar una voluntad apresurada que, queriendo ir más allá de las evidencias intelectuales pone en cuestión la subordinación del hacer al pensar) o mediante el castigo, la expulsión de la ciudad o la extinción del cuerpo (de los que hay tantos ejemplos). Porque la perturbación no es sólo intelectual, sino que tiene que ver con la economía política: la ontología tradicional es una economía, una filosofía política realizada, un modo de construir y sostener un orden social manejando lo que hay. Sólo cuando el orden político (el orden de la ciudad) necesite una ontología (una economía) no tradicional para poder seguir siendo dominante –como sucede hoy- la disidencia se convertirá en virtud social y la crítica se exigirá por decreto en los boletines oficiales del estado.

9. Este logicismo (que podríamos denominar primario), propio de un universo fundamentalmente agro-natural y artesano, se ve sacudido, a partir del siglo XIX, por la irrupción del tiempo y de la historia: la temporalidad parece imponerse como significativa, como creadora de realidad, como realizativa. En la ciudad, cae el antiguo régimen; la propia naturaleza se historiza, como muestra el darwinismo o la termodinámica. En las humanidades, nace la ciencia histórica y comienzan a abrirse paso las primeras tentativas hermenéuticas. Las categorías que dimanaban del manejo industrial empiezan a sustituir a las categorías propias de los universos agrarios.

10. Pero pronto se ve que la irrupción de la vida se intenta subsumir en determinaciones logiformes. Es el peso de una tradición más honda que los cambios que irrumpen como revolucionarios. La historicidad puede ser pensada u ordenada. Es cierto que es cambiante y realizativa, pero,

-en unos casos, se ajusta a leyes, se puede, de algún modo o predecir (al modo científico natural) o comprender (al modo hermenéutico). Aunque las propias leyes sean cambiantes, la legalidad de la realidad en devenir no se pone en cuestión: sigue siendo su verdad más íntima; aunque haya distintos accesos a esa realidad (distintas interpretaciones), son accesos (puntos de vista) sobre lo mismo y, por eso, pueden converger o “fundirse” (como sucede en la fusión de horizontes hermenéutica, que garantiza mi acceso verdadero –aunque en sentido interno- a una obra que es de otro);

-en otros se ordena mediante un concepto correlativo al de verdad: el de autenticidad. El carácter realizativo del vivir, su posible e impensable heterogenidad, se ve reducido por su sometimiento a un sentido que, en este caso, no se da como relación de un pensamiento a un referente natural (cosa) sino como relación de un acto con el proyecto vital/existencial en el que se inscribe. Y se entiende que este proyecto (que es individual es también universal, como lo era el referente natural, aunque de otro modo) es lo que mensura el tenor auténtico o inauténtico del acto. Cuando decimos que el hombre no tiene naturaleza sino que es historia, entendemos que esa historia se concibe como una tarea determinada, aunque sea formal y no materialmente, y esa tarea actúa como referencia. Incluso aunque concibamos la historia como epocal y no como continua, se mantiene el concepto de verdad-autenticidad: puesto que, en cada época, habrá un concepto de autenticidad, que es pleno para ella, que funciona para ella como total. Es cierto que se pierde rigidez (se admiten distintas épocas, distintas verdades, distintos proyectos), pero, en cada caso, se mantiene el ideal.

11. Pero he dicho que hemos pasado de un universo lógico –este que vengo de describir en dos de sus posibles variantes- a otro retórico. ¿Qué significa esto? ¿Qué implicaciones tiene este paso para ideas como verdad o autenticidad? ¿Se limita a dotarlas de nuevos contenidos o hace algo más?

12. La diferencia radical entre los diferentes universos lógicos que acabamos de ver en escorzo y el universo retórico es que los primeros están orientados por una referencia que los mide (un pasado prototípico, o un futuro que está ya contenido esquemáticamente en ese pasado, o un hacia un futuro que es un caso de ese pasado, etc.) y el segundo no: las ideas de verdad (ontológica y lógica) y autenticidad (cumplimiento fiel de un proyecto que es nuestra verdad, la de la vida o la de la historia) dejan de ser primarias, pierden su significatividad tradicional. Se dice que la verdad es sustituida por la verosimilitud, pero se trata de algo más: porque el vero- menta cosas muy diferentes en ambos casos. Cuando hablamos de “apariencia de verdad” lo que estamos es acentuando el valor de la apariencia y no tanto el de la verdad, que cuando se rebaja deja de valer como tal.

13. La irrupción de los universos retóricos corre parejas, en nuestra cultura, con la irrupción de la sociedad post-moderna. Es más, forma parte decisiva de esa misma economía, de ese manejo de lo que hay que, a falta de otra palabra mejor, denominamos post-industrial. No es un derivado o subproducto suyo, sino parte constitutiva de la misma, elemento fundamental de su realización.

14. Lo retórico, lo sabemos desde el principio, no irrumpe en el presente sin más: forma parte de nuestra tradición desde sus orígenes griegos. Conocemos sus características de antaño, las polémicas que lo rodearon y su destino civilizatorio. Podemos reconstruir la posición retórica clásica diciendo: los individuos (los ciudadanos) son capaces de construir realidad/verdad mediante la mutua persuasión por la palabra, porque la realidad/verdad no es algo verdaderamente previo a nuestras decisiones/determinaciones/persuaciones sino algo que resulta de ellas. El gran triunfo lógico del socratismo (como se ve en el Gorgias casi como una manipulación escandalosa) fue convencer al futuro de que lo que se da y lo que se hace tienen un qué, admiten la pregunta qué como radical, lo que implica que esta pregunta tiene respuesta: y esa respuesta es la verdad que antecede como un en sí y por sí a esa respuesta, que la precede como verdadera estructura o estructuración de lo que hay. Y dado que hay antecedente teórico, hay también, además, verdadera autenticidad: ajustarse en la conducta al ordenamiento de este haber como un deber ser. Y todo desajuste –error, falsedad- tiene no tiene entidad, es mero fruto de la ignorancia vencible: la malignidad es impensable (y cuando se da, corregible y reprobable), la transparencia es el ideal de la comunicación, de las relaciones interhumanas.

15. La retórica perdió su carácter ontológico-político y se transformó en una pericia o en mera argucia. Se prefirió la obediencia a la creatividad, a una realizatividad demasiado atrevida, incontrolable que, aunque no lo pretendía en absoluto, más bien pretendía lo contrario, parecía cuestionar esa transparencia en el manejo de lo que hay presentando una idea de realidad altamente compleja. Se apostó por un intelecto desvitalizado, por una vida normada. Las sociedades prefirieron no ser realizativas. Pero el manejo actual de lo que hay nos devuelve a la necesidad de optar de nuevo por ella, esta vez, naturalmente, desde otra posición, desde otro transfondo ontológico, económico. Optar quizá no sea la palabra correcta: porque ya no elegimos, sino que somos llevados a la respuesta: ya la estamos dando. Esta es la que podemos llamar primera reivindicación de la retórica.

16. De este modo, la cuestión de la verdad (de lo real) y de la autenticidad (de nuestras acciones y producciones) pasa a un segundo plano en el pensamiento actual. No hay realidad, no hay verdad real; tampoco hay sentido auténtico. El ser se da como múltiples apareceres incomensurables: no hay un criterio radical y universal (ni en el límite) de medida. Ni siquiera el criterio es cuestión central: vivimos en una economía donde lo imaginario será decisivo. Donde lo posible no se da como anticipo de una realización a la que está necesaria o meliorativamente ordenado. Donde la clave es la capacidad de realización. Donde el conflicto es irresoluble arbitrariamente.

17. De ahí que nociones tradicionalmente negativas como simulación, engaño y falsedad pierdan, *prima facie*, este carácter “degradante”. Se da aquí lo que podemos denominar segunda reivindicación de la retórica, aquella que

atañe a los atributos negativos que se le atribuyeron. También aquí se muestra que estamos en otra economía.

18. Estas reivindicaciones de la retórica, retroactivamente, nos permiten releer nuestra tradición y nuestro presente:

-sabemos ahora que lo que triunfó con el socratismo fue una retórica que consiguió que se evaporara éste su carácter de retórica para imponerse como lógica e imponer la primacía de la lógica;

-sabemos ahora que nuestra historia no está construida por ladrillos lógicos con “decadencias” o “incumplimientos” que no afectan a su esencia. Sabemos ahora que nuestra interpretación de la historia efectuada debe presuponer en ella engaños conscientes, falsificaciones, etc. Y que no estamos en disposición de separar siempre el engaño de la sinceridad. Y no estamos en disposición de afirmar que toda sinceridad sea sincera ...

19. Estamos, ahora lo sabemos, en el universo del juego: podemos falsificar creyendo ser correctos (por ejemplo, en la copia y transmisión de códigos), podemos falsificar creyendo ser hiperverdaderos (por ejemplo, introduciendo interpolaciones), podemos falsificar mejorando el original y haciendo que se olvide esa falsificación, podemos falsificar o falsear fingiendo en nombre de lo que creemos bien mayor (escribiendo libelos u obras programáticas, sustituyendo o suplantando a otro ...), podemos falsificar de forma seriamente burlesca (como Fontcuberta). En todo caso, siempre con gran poder realizativo, introduciendo derivas significativas en el acontecer.

20. Vivimos en universos básicamente multiplicadores, no en mundos reductores. El pasado prototípico ya no es decisivo: ni como verdad previa, ni como tradición de autenticidad, ni como obra original. Vivimos, por ello, en el conflicto, en la activa y pragmática lucha por la realización: vivimos en universos retóricos. Todas las disciplinas contemporáneas (desde el arte hasta la ciencia) tienen esta índole.

